

LOS MUSEOS: ¿MARGINADOS O INTEGRADOS?

Gabino Busto Hevia

Este breve artículo encontró algunas rémoras para su publicación. Viene de perlas no olvidar esto a lo largo de su lectura, pues gracias a la aparición de esos obstáculos, hayan sido éstos motivados por el desinterés o la censura, se podrá percibir aún mejor las razones por las que el Museo —que suele tener salida asegurada y casi siempre conformista en los Grandes Diarios y otros Medios— no figura dentro de la marginación.

Agradezco la sensibilidad y valentía de la Asociación Asturiana de Bibliotecarios, Archiveros, Documentalistas y Museólogos al acoger ahora mi texto entre las páginas de su revista.

¿Es el Museo una organización marginal?

Pienso que no. El Museo, desde sus distintos alcances y en nuestro mundo —ese que se conoce como desarrollado—, no forma parte, desde luego, de la marginalidad o inadaptación. No es marginal lo que está dentro del Sistema. No es marginal lo que comulga con las Ideas Dominantes. No es marginal, en definitiva, lo que se alía con el Poder. Y el Museo, incluso antes de adoptar su actual configuración, ha participado explícitamente de las estructuras de Poder. Puede decirse que la historia del Museo es, en cierta manera y en sentido lato, una crónica del Dominio.

Es más, el Museo en sí, como era de esperar, obra casi siempre a semejanza del Poder que lo constituye. Basta con citar el caso, apabullantemente claro, de los Museos de Arte, muchos de los cuales han llegado a conservar y exponer sin ningún problema piezas que tenían como fin primordial lesionarlos o acabar con ellos. El Museo, como queda demostrado en este ejemplo, es una Institución que tiende a desarrollar con eficacia muchos de los mecanismos que caracterizan al Poder. El asunto es tan obvio que cualquier memo ca-

paz de mover cierta cantidad de dinero en un Museo cualquiera —lo que implica, entre otras cosas, asegurarse el servicio de poderosos Gabinetes de Publicidad y la sumisión interesada de los Medios de Comunicación— puede llevar precisamente a una incómoda marginalidad social a todo aquel que no lo visite, o que haciéndolo, se muestre disidente. Por tanto, un Ente capaz de intervenir a su antojo, si llega el caso y como le corresponda, en la dosificación de uno de los factores más importantes de modulación y control social, como es el miedo insoportable a quedar fuera del cuadro, funciona como una organización comprometida con el Poder y fuertemente integrada en el Aparato. En conclusión, el Museo no puede ser marginal, pues resulta absurdo, por definición, que sea capaz de regular la marginalidad desde ella misma. Esa regulación sólo puede hacerse desde la Centralidad y desde lo Alto.

Pero estar ahí conlleva unos tributos. Entre ellos, el obligado amancebamiento con los de Arriba y la asunción de su retórica.

En este sentido, la creciente incorporación de los Museos al mundo del Consumo y de la Producción, esto es, del Negocio, y en paralelo, su estudiada y embaucadora inmersión en las llamadas «Nuevas Formas de Ocio», hoy tan valoradas, ponen en evidencia, aparte de una contradicción atroz y de una hipocresía alarmante, una situación para la Institución museal muy distanciada de lo que entendemos por marginalidad.

Basta con pensar, por ejemplo, en la conversión progresiva del Museo no sólo en un recurso más de la Industria productora de bienes y servicios turísticos, sino en un impagable auxiliar de la encubierta pero muy poderosa Industria creadora de los propios turistas.

Otro de los Poderes con los que el Museo coquetea y llega a vivir aconchabado es el formado por las Corporaciones Académicas. Éstas, por regla general,

establecen sus leyes de manera dogmática y tienden a desplazar o enterrar cualquier otra visión o pensamiento de interés que pueda brotar en sus dominios. Eso es lo que sucede también en el Museo, un lugar cada vez más secuestrado por el Imperio de las Disciplinas. Así, las exposiciones, sobre todo un buen número de las de Arte y Arqueología, ya sean permanentes o temporales, suelen hacerse exclusivamente, desde el título hasta la última página del folleto o desplegable, para los especialistas en la materia —buenos o malos— y sus señoras. Es decir, una hegemónica ocupación que deja

muy poco sitio para los asuntos que tienen que ver con el palpitante de la vida y con las necesidades populares.

En fin, son muchos los Museos que laboran o aspiran a laborar en estos dos frentes conexos al Poder y a veces incluso felizmente matrimonios: los Negocios de Masas y los Manejos Académicos.

Pero éstos son sólo dos ejemplos entre cientos. No le vendría mal al Museo liberarse de las pesadas cadenas de la Integración y atender a lo que se agita por abajo e incluso a lo que bulle por esos lejanos márgenes que no conoce.

